

LA EXPRESIVIDAD DE SANTA TERESA EN «LAS MORADAS» *

Yolanda ARENCIBIA

Calificar a *Las Moradas o Castillo Interior* de Santa Teresa como obra cumbre de la autora y cimera de la literatura religiosa universal, no deja de ser un tópico, aunque de obligada reiteración por su justicia. Nosotros queremos añadir que muy pocas creaciones literarias pueden brindarnos el ramalazo de espontaneidad vital y de ardor místico que nos sorprende en *Las Moradas*, porque pocas como ella han sido gestadas en anhelo amoroso tan sincero ni plasmadas por mano tan sensible y dúctil. ¿Espontaneidad? ¿Sinceridad?... ¿Cómo puede hablarse de ello en una obra escrita, según parece, para cumplir «una obediencia», y a desgana?

El intento de dar respuestas a estos interrogantes y la adecuada justificación de nuestro anterior aserto, a través de los expresivos textos de *Las Moradas*, conformarán nuestro presente trabajo.

OBEDIENCIA Y ANHELO

Consideremos las circunstancias que rodean el nacimiento de la obra.

Año de 1577. Se halla la autora en plena madurez literaria y personal. Hace catorce años que ha visto la luz el *Libro de su Vida o Autobiografía*. Estos catorce años han sido enormemente fecundos: colmados de trabajo fundacional que ha obligado a Teresa a recorrer los difíciles caminos de España a lomos de caballería o en carretas; de gran esfuerzo intelectual, en la dirección de sus ya muchos monasterios; de no menor proeza intelectual en la redacción de sus libros (tras el *Libro de su Vida* han visto la luz *Camino de Perfección* y va en marcha el *Libro de las Relaciones*, por citar sólo las obras mayores).

Los años cercanos al 77 cobran particular relieve en la biografía de la Santa. Recordemos el intento de proceso inquisitorial que las acusaciones de los visionarios de Córdo-

ba han despertado contra ella (y el Libro de su Vida) en 1575-6 y que trae como consecuencia, no sólo la reclusión de Teresa en Toledo sin serle permitido ni siquiera salir de la Casa («que es como manera de cárcel» se duele la Santa en *Las Fundaciones*), sino las rémoras síquicas que las circunstancias de proceso, las persecuciones y calumnias, dejaron en su ánimo (aunque la particular entereza de su carácter la llevé una y otra vez a manifestar desdén ante ello)¹. Y no son sólo síquicas las consecuencias del proceso inquisitorial; también lo son morales, ya que amenazan el avance de la Reforma carmelitana, supremo afán de la Santa; y aun son físicas, pues su salud, que nunca fue buena, se halla gravemente resentida, según testimonian las cartas que escribe la autora en este año de 1577, y también determinados pasajes de *Las Moradas*.

Pero los años anteriores al 77 conocen otra especialísima circunstancia teresiana: desde 1572, confiesa la escritora hallarse en estado de matrimonio espiritual, en total plenitud de sus arrobamientos místicos; bulle en su interior un fuego amoroso intensísimo que llega a transportarla muy por encima de lo humano. Como es natural, este intensísimo Amor tiende a desbordarse; siente la Santa ardores incontenibles de *comunicar*, de hacer participar de las delicias místicas al resto de los mortales representados en sus hermanas de religión, para que todas puedan conocer «un poquito más» al Supremo Amor. Nos hallamos ante la mística que como tal ha de declarar su sentir; siguiendo al profesor Orozco, podemos afirmar que aunque el místico se dirija en última instancia a un ser que corresponde a lo sobrenatural y por ende convierta el poema (tratándose de él) en plegaria, ello entraña la humanización de lo divino y en consecuencia se intensifica su afán comunicativo, porque lo que sobre todo le importa es declarar lo que siente².

Que la idea de expresar sus ansias en un libro bullía en la mente de la Santa lo sabemos por una carta que ésta escribiera a su hermano Lorenzo (el 17 de enero de 1577): «Al Obispo envié a pedir el libro (el de su vida, que obraba en poder de la Inquisición) porque quizá se me antojará de acabarle con lo que después me ha dado el Señor, que podría hacer otro y grande».

Sin embargo, si hemos de creer al P. Gracián en sus *Memorias* y a la propia autora en alguna de sus aseveraciones, fue el propio P. Gracián (amigo queridísimo y confesor de la Santa) quien le ordenó que escribiese su libro; nos cuenta el P. Gracián que, conversando con la autora, aprovecha una alusión de ésta a un punto del *Libro de su Vida* para conminarle a escribir otro con lo que del primero tuviera en la memoria; según parece, Teresa no se muestra muy animada a cumplir la obediencia, a juzgar por declaraciones como ésta: «¿Para qué quieren que escriba? Escriban los letrados que han estudiado, que yo soy una tonta y no sabré lo que me digo (...) por amor de Dios me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de religión como las demás hermanas, que no soy para escribir, ni tengo salud ni cabeza para ello»³. Y en las primeras líneas de *Las Moradas* podemos leer: «Pocas cosas que me han mandado la obediencia se me han hecho tan dificultosas como escribir ahora cosas de oración: lo uno porque no me parece me ha dado el Señor el espíritu para hacerlo ni deseo» (Prólogo, 1)⁴.

¿Es del todo sincera en estas afirmaciones la escritora? Teniendo en cuenta sus circunstancias personales, y el entorno que las condicionan, acuden a nuestra pluma varia-

dos interrogantes: ¿Responden a la mujer consciente de que pisa terreno tradicionalmente masculino al escribir y acude a la «captatio benevolentiae»? ¿Busca, tal vez, una disculpa frente a los criterios de afilado áspid que revisarían con espíritu inquisitorial su obra, la obra de una mujer, judeoconversa y letrada, que se ha atrevido a defender el derecho de las mujeres a tener oración de recogimiento? La autorizada opinión del profesor García de la Concha la define una y otra vez como escritora por obediencia: «Como el resto de la literatura teresiana (se está refiriendo al *Libro de las Fundaciones*) he aquí un libro que arranca de la obediencia»; «Escritora por obediencia, Teresa de Jesús no sabe serlo sino dándose»⁵. Aunque la cuestión pueda quedar en el terreno de la conjetura, nosotros sospechamos en «la obediencia» un pretexto justificativo que el P. Gracián quiso brindar a su querida y admirada Teresa; y en las ansias incontenibles que el Amor insuflaba a la Santa la verdadera génesis en la cumbre mística de *Las Moradas*.

Es evidente, sin embargo, en las reiteradas dubitaciones de la autora un manifiesto temor ante la dificultad de expresión que las experiencias místicas encierran, ante la difícil comunicación de lo inefable. Leemos en las Moradas Séptimas: «Y es verdad que he estado en gran confusión, pensando si será mejor acabar con pocas palabras esta morada». La Palabra, el concepto... ¿Es que puede caber el Supremo Amor en las palabras...?»⁶ «Pero ella está obligada a comunicarla (la experiencia mística) y afronta el trabajo hasta la extenuación» dice el profesor García de la Concha⁷ con palabras que hacemos nuestras. Efectivamente, Teresa de Cepeda, como todo ser humano inflamado de amor, quiere gritar sus ansias a los demás. Ella se ha propuesto decirnos qué siente el alma enamorada. Y va a saberlo hacer. Y de manera magistral.

La autora parece disipar sus problemas de creadora, sus temores expresivos, con «salidas» de auténtico sello teresiano: «Hágalo el Señor, que ha hecho otras cosas más difíciles para hacerme merced» dirá en las Moradas Primeras; y en las Segundas: «Así como los pájaros que enseñan a hablar, no saben más de lo que les muestran u oyen, y esto repiten muchas veces, así soy yo al pie de la letra». La pluma, pues, en manos de Dios, ha de decir lo que ella no sabe; ha de expresar lo que su intelecto humano no puede alcanzar.

Para hacernos partícipes de sus saberes la Santa nos va preparando; va haciéndonos ascender «pasito, quedito, amor» por el camino alegórico del Castillo Interior: «un castillo todo de diamante u muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, ansí como en el Cielo hay muchas moradas» (M. 1-1, 1).

LAS MORADAS, OBRA LITERARIA

Recordemos sucintamente el desarrollo temático de la obra y la estructura formal de la misma antes de pasar a destacar aquellos pasajes de más acusada expresividad amorosa.

La autora señala las fechas de comienzo y terminación de su obra: «y así comienzo a cumplirla (la obediencia) hoy, día de la Santísima Trinidad, año 1577 (dos de junio-M. Prólogo, 3) y: «Acabóse esto de escribir (...) año 1577, víspera de S. Andrés» (29 de noviembre-M. 7-4,25) Seis meses, pues, transcurridos; la composición sin embargo no debió llevarle más allá de dos meses, pues un obligado viaje de la reformadora a Avila había

interrumpido la redacción del libro, comenzado en Toledo, en el capítulo 3 de las Moradas Quintas; cuando lo prosiguió, en Avila, eran «casi cinco meses desde que lo comenzó» (M.5-4,1).

Ya hemos aludido a la base simbólica del castillo, que representa la vida espiritual del hombre. Fosos, adarve, cercas y arrabales tienen su significado propio, así como el alcázar y torreón donde mora el Señor. El alma ha de recorrer los siete aposentos del castillo en su camino de purificación, hasta estar en disposición de llegar al séptimo donde se realizará la verdadera unión mística con Dios.

¿Por qué eligió la autora del símil el castillo? El tema no es original de la Santa. No obstante se han barajado varias hipótesis como explicación del mismo en ella; que proviene de inspiración directamente venida de Dios «que le mostró un globo hermosísimo de cristal a manera de castillo» es una de ellas, la más pía. Otra hipótesis apunta a motivaciones librescas o eruditas; la inspiración sería fruto de lecturas realizadas por la santa en libros sagrados y profanos, sobre todo en los libros de caballerías (la dama castellana-el alma; el caballero-Dios); en este sentido, Asín Palacios halla íntima similitud entre la imagen teresiana y la alegoría islámica del castillo del alma. Este autor supone que pudo Teresa haber escuchado este símbolo en relatos orales, y éstos, en acción reminiscente, a florar a su intelecto desde el subconsciente⁸. D. Miguel de Unamuno, por su parte, aventura una tercera posibilidad explicando la imagen del castillo en la santa porque «Avila misma es un diamante de piedra berroqueña dorada por soles de siglos y siglos de soles». Sin excluir totalmente ninguna de las hipótesis anteriores puede verse el nacimiento de la metáfora que da título al libro como una natural continuidad entre la gran cantidad de las mismas que enriquecen con esplendidez los distintos escritos de la Santa.

El símbolo del Castillo late, en efecto, en la sombra de todas las páginas de la obra, aunque se cele cuidadosamente en algunas partes de ella para dar paso a otras afortunadas comparaciones metafóricas que van a apuntalar el cuerpo doctrinal y simbólico de la obra⁹.

Las Moradas se estructura de la siguiente manera:

Aparece escindida en siete partes que corresponden a cada uno de los aposentos o moradas, numeradas de la una a la siete, precedidas de un prólogo y coronadas de un epílogo. Cada una de estas siete partes o moradas se subdividen en capítulos, de desigual número y amplitud; éstos van encabezados de unas líneas indicadoras del contenido del mismo y se vuelven a subdividir en epígrafes numerados correlativamente.

El conjunto de las siete moradas es fácilmente separable en tres bloques que podrían ajustarse al siguiente esquema: a) un primer bloque que comprende las tres primeras Moradas, donde respiraremos el mundo de la ascética y hallamos la vía purgativa; b) un segundo bloque, formado por las Moradas Cuartas, de transición, donde la ascética y la mística se rozan; y c) un tercer bloque formado por las tres restantes Moradas, ya en plena vía iluminativa: la acción de Dios se hace cada vez más palpable. El camino místico hallará su final en las Moradas Séptimas donde se alcanza la vía unitiva.

SANTA TERESA, ESCRITORA EXPRESIVA

Aludíamos anteriormente al ansia incontenible de expresión amorosa que sirve de base gestora en la obra que nos ocupa. Estas ansias de expresión confluyen en necesario desahogo expresivo; como dice Marichal, la Santa, agudizando el oído hacia su interior, escucha lo que le dicta su entendimiento «de ahí se deduce forzosamente un precepto de fidelidad oyente, una obligación de espontaneidad expresiva»¹⁰.

¿Qué ropajes formales servirán de marco a esta expresividad? ¿Cómo escribe Santa Teresa?

Que al plasmar de Teresa sus escritos lo hace de manera espontánea, rápida, apresurada en ocasiones, que las tachaduras y enmiendas son abundantes, es algo totalmente obvio; basta una somera revisión de sus autógrafos. La autora es, efectivamente, espontánea al transcribir fielmente lo que perciben sus sentidos; pero no quiere esto decir que su lenguaje sea popular, en el sentido de vulgar o rústico; no hace ella otra cosa que trasladar el habla viva a la obra literaria, que adquiere así la categoría de arte. Teresa sabe romper caducos moldes retóricos para tratar de manera viva y llana su comunicación individualísima (el hecho no es novedoso, por otra parte, en el habla literaria del XVI tras el lema de «escribo como hablo» que propugnara Juan de Valdés). Así, su estilo expresivo, espontáneo y vital, pero nunca popularista, se identifica con el estilo literario de su época, con giros, maneras de hacer, y caminos estilísticos personalísimos; y mediante un léxico que, según confirma García de la Concha, «perteneció casi totalmente al acervo común del habla literaria del XVI»¹¹.

«Estilo desconcertado» nos dice la Santa que es el suyo; lo es efectivamente si lo comparamos con la retórica que, en los escritos espirituales que proliferaban en la época, privaba. Teresa mezcla discurso y reflexión, consideración didáctica y espontaneidad expresiva; pero en este «desconcerto», en este estilo rompedor de moldes y de tópicos, radica, esencialmente su «teresianísimo» estilo. Ahí radica su voluntad de estilo, como afirma Marichal, «en una voluntad de no forma, en una entrega a los dictados de su pluma que hicieron de sus escritos un ejemplo siempre vivo, siempre pertinente de prosa orgánicamente humana»¹². En su rechazo por los «modos concertados», en un esfuerzo por expresar no lo que se ha leído sino lo que se siente, ve Marichal una similitud entre la Santa y Montaigne; ambos, afirma, «inclinan en la literatura occidental la expresión de la intimidad autobiográfica»¹³.

Pero existe, sin embargo, un «concierto» claro en el estilo de la Santa. Este «concierto» radica en la identidad entre forma de contenido y contenido mismo de los escritos. Teresa atempera su espontaneidad, refrena sus impulsos en una voluntad de precisión, de fidelidad. «No se da este rey sino a quién se da del todo», podría ser su lema literario, como afirma Marichal. Su pluma, efectivamente, es impulsiva y rapidísima; pero también es intencionadamente domeñada para lograr la precisión, la claridad, que su afán de fidelidad a las vivencias interiores demanda. Observaremos estos extremos, más adelante en los textos de *Las Moradas*.

Y observaremos un nuevo «concierto»: la forma expresiva que acude a la pluma de

la Santa, cuando de vivencias místicas quiere hablarnos, es totalmente poética. La palabra teresiana, entonces, no sólo enseña, muestra, sino sugiere, comunica... y Teresa, sin poderlo evitar, ha de acudir al campo de las paradojas más pertinentes, de las antítesis más atrevidas, de las hipérboles más acercadoras, de las comparaciones más sugerentes, de las metáforas más sutiles. «La analogía del lenguaje del místico y del poeta es algo que se produce de manera inevitable» dice el profesor Orozco¹⁴. Así tenía que suceder con nuestra autora.

Una baza importante va a jugar con fuerza en la alta capacidad expresiva teresiana: su femineidad. Es Teresa una mujer que ha luchado por la liberación espiritual de la mujer de su tiempo; que se preocupa de fundar sus conventos en lugares prósperos, entre una relativa «comodidad burguesa», para que sus monjas, liberadas de las necesidades inmediatas, puedan dedicarse a tareas del espíritu (por ello, también las prefiere «bien dotadas», es decir, con buena dote); que convierte su celda en centro de distribución de libros piadosos y ella misma deviene coordinadora de lecturas. Teresa es una mujer abierta y tolerante, una mujer inteligente que sabe silenciarlo o disimularlo cuando le conviene, que prefiere entre sus compañeras de convento a las más cultas¹⁵, que sabe rodearse de eminentes letrados todos de gran inteligencia, de probado humanismo, de amplia humanidad, como el P. Gracián o S. Juan de La Cruz. Pero Teresa no es sólo una mujer luchadora y una mujer inteligente, sino también una mujer rebosante de femineidad, de ansias de entrega y amor que hallan en su encendida y sentida prosa el canal desaguador más apropiado. Se nos muestra además la autora consciente de la capacidad femenina en materia de expresión religiosa. Los hombres pueden estar más capacitados para la predicación pero las mujeres, más intuitivas, más recogidas en la oración interna, pueden sentir más intensamente y tener más capacidad para comunicar ese sentir. Leemos en *Camino de Perfección*: «No hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor y de enseñarlas que las callemos... sino que los mostramos a letrados y si nos las aprobaren que las comuniquemos» y «podrá ser aprovechada (se refiere a su propio amor a Dios y experiencias) para atinar en cosas menudas mejor que los letrados, que, por tener otras ocupaciones más importantes y ser varones fuertes, no hacen tanto caso de las cosas que en sí no parecen nada». En las *Moradas Cuartas*¹⁷ hallamos esta afirmación de Teresa, que puede servir de idea recopiladora de lo que venimos exponiendo: «No está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho».

Oigamos a D. Américo Castro: «Lo esencial es que la mística, y (sobre todo) Santa Teresa, ha abierto a la literatura moderna la senda de la confidencia y de la confesión (...porque) no renuncia a nada, cuando pretende renunciar a todo; especialmente no renuncia a su esencia femenina, que nos brinda íntegra, que no teme desvelar porque el carácter divino que ella asigna a su maravilloso soliloquio la pone a cubierto de toda humana sospecha»¹⁶.

Efectivamente, desbordada en sus escritos, gustaremos una y otra vez, la exquisita femineidad de Teresa.

LA EXPRESION DEL AMOR MISTICO EN «LAS MORADAS»

Haciendo un recorrido por los «sabrosos» textos de *Las Moradas* vamos a entresacar aquellos que, por su especial relevancia expresiva, nos parecen más fielmente reflejadores de la sensible y apasionada personalidad teresiana.

Se abre el primer capítulo de las Moradas Primeras con la alegoría que es base y sustento de la Obra: «El castillo todo de un diamante y muy claro cristal (...) que no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice El tiene sus deleites». Una alegoría, pues, y una alusión bíblica. El desarrollo de esta alegoría por medio de una serie de nuevos símiles engarzados, de resonancia bíblica la mayoría de ellos, será el procedimiento usual en Santa Teresa y en ningún modo novedoso, ya que los textos bíblicos, del Antiguo y Nuevo Testamento, y la predicación tradicional, desde la medieval a la posterior, abundan en cadenas de símiles que persiguen la misma finalidad que nuestra autora: concretizar lo abstracto. Teresa, pues, no inventa nada; su originalidad va a consistir en la recreación personalísima de esos símiles cuyos elementos visuales, plásticos, sensoriales en fin, van a resultar potenciados; porque en Teresa «que prefiere el amor divino inspirado en la humanidad de Cristo»¹⁷ el mundo de los sentidos juega un papel muy relevante.

Las tres Primeras Moradas son más breves; son rápidos los pasos de la autora por esta senda aún ascética; se dirige con impaciencia a la verdadera meta de su obra que se halla en las moradas místicas.

En las Primeras Moradas estamos aún en las puertas del Castillo (puertas = oración) en donde aún no se atisba casi nada de la luz interior porque, el alma no está en disposiciones de verla: «Como si uno entrase en una parte adonde entre mucho sol y llevase tierra en los ojos que no los pudiera abrir» (M. 1-2,14). Pero la luz está en el centro de la pieza y a ella habrá que acceder (observemos que temprana comparación sensorial-gustativa nos ofrece la Santa): «como (se llega al cogollo de) un palmito, que para llegar a lo que es de comer tiene muchas coberturas, que todo lo sabroso cercan» (M. 1-2,8).

Las Segundas Moradas sólo representan un paso más. El alma está asustada y Teresa la conforta y anima a seguir, en estos vehementes textos:

«Oh Jesús, qué es la baraúnda que aquí ponen los demonios y las afloraciones de la pobre alma que no sabe si pasar adelante y tornar a la primera pieza» (M. 2-único,4) «Ah Señor mío! Aquí es menester vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada (...) Dadle luz, para que vea cómo está en esto todo su bien como hace el que vende la triaca para provar si es buena, que bebe la ponzoña primero» (M. 2-único,9).

Gran dicha es para el alma haber llegado a las Moradas Terceras; insiste la autora en la necesidad de huir de las «sequedades», soportar las pruebas y abandonarse en la mano de Dios es esta estancia ascética:

«Y creedme que no está el negocio en tener hábito de religión u no, sino en procurar ejercitar las virtudes y rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo (...) y no queremos nosotros que se haga nuestra voluntad sino la suya» (M. 3-2,6).

Exhorta la Santa a sus hermanas con el regalo de «los gustos que allí da el Señor» cuando anuncia las próximas Moradas Cuartas, ya en los últimos epígrafes de las Terceras; y tras prodigarse en la descripción de estos gustos y en la necesidad de amor «pues no está la perfección en los gustos, sino en quien ama más» nos sorprende la autora con esta explicación claramente exhaustiva:

«Pareceros ha que de qué sirve tratar de estar mercedes interiores y dar a entender cómo son (...) Yo no lo sé, preguntese a quien me lo manda escribir, que yo no soy obligada a disputar con los superiores sino a obedecer, ni sería bien hecho (M. 3-2,11).

En uno de los primeros textos de las Moradas Cuartas la autora no sólo nos prepara para el camino místico que vamos a iniciar, sino que condensa, como en un avance, el sentimiento amoroso que la anega y que ha sido generador de la obra; afirma así la necesaria operatividad del amor:

«Sólo quiero que estéis advertidos que para aprovechar mucho este camino y subir a las moradas que deseamos, *no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho*; y ansí lo que más os despertare a amar, eso haced (M.4-1,7) (el subrayado es nuestro).

Y la Santa va a conducirnos despaciosamente, Morada tras Morada, mostrándonos su enamorado sentir.

De vez en cuando, van a desgajársele en el camino exclamaciones gozosas, desahogos espontáneos:

¡Oh, Señor mío y Dios mío, que grandes son vuestras grandezas! y andamos acá como unos pastorcillos bovos, que nos parece alcanzamos algo de Vos y debe ser tanto como nonada.» (M. 4-3, 5).

«¡Oh, grandeza de Dios, y cual sale un alma de aquí de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios...» (M. 5-2, 7).

«¡Oh, váleme Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que padece hasta que entra en la séptima morada!» (M. 6-11, 6).

«¡Oh, váleme Dios, Señor, cómo apretáis a vuestros amadores!» (M. 6-16, 6).

«¡Oh, váleme Dios, qué palabras tan verdaderas, y cómo las entiende el alma, que en esta oración lo ve por sí!» (M. 7-2, 10).

De vez en cuando también, se desprenden de su pluma sinceros lamentos ante la dificultad de la empresa iniciada o sobre su propio atrevimiento ante ella:

«¡Váleme Dios en lo que me he metido!» (M. 4-2, 1).

«¡Oh, hermanas! ¿Cómo os podría yo decir la riqueza y tesoros y deleites que hay en las quintas moradas?» (M. 5-1, 1).

«¡Oh, secretos de Dios, que no me hartaría de procurar dar a entender si pensase acertar en algo!» (M. 5-1, 4).

«¿Es verdad que sabré decir lo que ha?» (M. 6-2, 13).

«¡Oh, gran Dios! Parece que tiembla una criatura tan miserable como yo de tratar en cosa tan ajena de lo que merezco entender.» (M. 7-1, 2).

Pero Teresa está verdaderamente tocada del don creador, va a lograr expresarnos el sentir del alma y vamos a ver de qué manera tan clara y definitiva.

Imágenes sensoriales y reiteración en torno al sema 'sentir' serán lugar común a partir de estas Moradas Cuartas.

Para explicarnos qué son los «gustos de Dios» y cómo es la unión mística de Dios y el alma, acudirá, en las Moradas Cuartas y Quintas, a metáforas comparativas; en ambos casos aclarará los conceptos con imágenes sensoriales:

«...entiendo una fragancia —digamos ahora— como si en aquel hondón interior hubiese un brasero adonde se echasen olorosos perfumes; ni se ve la lumbre ni donde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aún hartas veces —como he dicho— participa el cuerpo. Mirad, entendedme, que ni se siente calor ni se huele olor, que más delicada cosa es que estas cosas, sino para dárselo a entender.» (M. 4-2, 6).

«...y aunque sea grosera comparación, yo no hallo otra que más pueda dar a entender lo que pretendo; que el sacramento del matrimonio (...) porque todo amor es con amor y sus operaciones son limpiísimas y suaves, que no hay como se decir; mas sabe el Señor darlas muy bien a *sentir*.» (M. 5-4, 3).

Veamos otro texto, ahora de las Moradas Sextas, con el sentido del olfato de nuevo como protagonista:

«...parece viene una inflación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande, que se comunicase por todos los sentidos (no digo que es olor sino que pongo esta comparación) u cosa de esta manera, sólo para dar a sentir que está allí el Esposo.» (M. 4-2, 9).

Un característico logro teresiano es la sinestesia basada en el sentido del gusto y que la autora reitera con cierta delectación:

«...herida sabrosísimamente, harta pena, aunque sabrosa y dulce.» (M. 6-2,1).

«dolor sabroso» (M. 6-2,6).

«pena sabrosa» y «tempestad sabrosa» (M. 6-2,6).

«deseo sabroso» (M. 6-6,1).

«tormento aunque sabroso» (M. 6-6,1).

«cosas penosas y sabrosas conjuntamente» (M. 6-6,10)¹⁸.

Son las Moradas Sextas las más ricas en expresividad amorosa; proliferan a lo largo de sus once capítulos los párrafos en que la Santa explaya su sentida vehemencia, transportada de amor. La explicación es clara y la misma autora nos la da: Sucede que

«...en las Sestas Moradas, adonde el alma ya queda herida del amor del Esposo y procura más lugar para estar sola y quitar todo lo que puede (...) que la pueda estorbar de esta soledad.» (M. 6-1,1).

Efectivamente, son estas Moradas Sextas las de la preunión mística; el alma paladea ya las dulzuras del amor y sufre los desasosiegos y turbaciones de la unión próxima.

«Y ansí, por muy mucho que se esfuerce anda con un desabrimento y mala condición en lo exterior, que se le echa mucho de ver (...) es indicible, porque son apretamientos y penas espirituales que no saben poner nombre.» (M. 6-1,13).

En uno de los más bellos pasajes de la Obra, y de más alta expresividad, Teresa acierta a compararnos esta pena de Amor como una saeta que llega a las entrañas y que al salir parece llevársela tras de sí dejando al alma anonadada; son efectos semejantes a los del fuego de un brasero encendido:

«Estava pensando ahora si sería que en este fuego del brasero encendido, que es mi Dios, saltava aquella centella y dava en el alma, de manera que se dejaba sentir aquel encendido fuego, y como no era aún bastante para quemarla y él es tan deleitoso, queda con aquella pena (...) Porque este dolor sabroso —y no es dolor— no está en su ser; aunque a veces dura gran rato, otras de presto se acaba. Mas aunque está algunas veces rato, quítase y torna; en fin, *nunca está estante*, y por eso no acaba de abrasar el alma, sino ya que se va a encender muévase la centella y queda con deseo de tornar a padecer aquel dolor amoroso que le causa.» (M. 6-2,4).

El Esposo aún no lo es en las Moradas Sextas, pero el alma ya lo intuye, nos dice la Santa, porque El se hace «desear con unos medios tan delicados que el alma mesma no los entiende...» (M. 6-2,1). El Esposo «*vala habilitando*» (M. 6-2,1) para concluir el desposorio «que entiendo yo deve ser cuando da arrobamientos, que la saca de sus sentidos (porque si estuviera en ellos) no era posible —por ventura— quedar con vida.» (M. 6-4,2).

A partir del Capítulo cuarto de esta Moradas Sextas la autora va a lograr por medio de paralelismos sutiles salpicados de vehementes exclamaciones gozosas (verdaderos requiebros de amor), comunicarnos todo el encendido deleite de la pre-uni6n mística. («Y ansí veréis lo que hace Su Magestad para concluir este desposorio»). (M. 6-4,2).

Con amorosa despaciosidad nos va describiendo el éxtasis de que participan alma y cuerpo:

«Llega como una centella que abrasa y renueva...» «...y ansí limpia, la junta consigo sin entender aún aquí naide sino ellos dos». (M. 6-4,3).

¿Y qué siente el alma?:

«...en quiriendo (el Esposo) arrebatar este alma se le quita el huelgo (...) en ninguna manera puede hablar (...) y se le enfrían las manos y el cuerpo de manera que no parece tiene alma (...) quitándose esta gran suspensión un poco, parece que el cuerpo torna algo en sí y alienta para tornarse a morir y dar vida a el alma (M. 6-4,13). Mas acacee, aunque se quita, quedarse la voluntad tan embevida y el entendimiento tan enajenado (...) que parece no es capaz para entender en cosa que no sea despertar la voluntad a amar.» (M. 6-4,14).

«...porque muy de presto algunas veces se sienta un movimiento tan acelerado del alma, que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad que pone harto temor.» (M. 6-5,1). «Pues tomando a este apresurado arrebatar el espíritu, es de tal manera que verdaderamente parece sale del cuerpo, y por otra parte que no queda esta persona muerta; al menos ella no puede decir si está en el cuerpo u si no, por algunos instantes.» (M.6-5,7).

El alma está fuera de sí, nos dice la autora, porque estas «cosas penosas y sabrosas» que siente a la vez, la enajena en gozo tan excesivo que no sabría explicar: *gozo* palabra clave que la autora destaca, reiterándola, en los siguientes textos:

«Es, a mi parecer, una unión tan grande de las potencias, sino que las deja nuestro Señor con libertad para que gocen de este gozo, y a los sentidos lo mismo, sin entender qué es lo que gozan y cómo lo gozan.» (M. 6-6,10).

Y añade aún la Santa el ansia que tiene de gritar su gozo a los demás, como toda alma enamorada:

«Que es un gozo tan excesivo del alma, que no querría gozarle a solas, sino decirlo a todos (...) ¡Oh, qué de fiestas haría y qué de muestras, si pudiere, para que todos entendiesen su gozo!» (M. 6-6,10).

El capítulo once cierra las Moradas Sextas. El alma se halla en los umbrales de la esperada unión. Observemos la maestría de la autora para expresar la ansiedad dolorosa del amor apoyándose en comparaciones físicas:

«...andándose así esta alma abrasándose en si mesma, acaece muchas veces por un pensamiento muy ligero u por una palabra que oye de que se tuda el morir, venir de otra parte (...) un golpe, u como si viniese una saeta de fuego; más agudamente hiere y no es adonde se sienten acá las penas sino en lo muy hondo e íntimo del alma, adonde este rayo, que de presto pasa cuanto halla de esta tierra de nuestro natural y lo deja hecho polvo, que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro ser.» (M. 6-11,2).

Estos deseos tan grandes e impetuosos que da Dios al alma de gozarle llegan, efectivamente, a ponerla en trance de perder la vida..., pero es tan grande la dicha que ya nada puede temer:

«Acaece alguna vez que, estando el alma como habéis visto, que se muere por morir cuando aprieta tanto, que ya parece que para salir del cuerpo no le falta casi nada, verdaderamente teme y querría aflojarse la pena para no acabar de morir.» (M. 6-11,9).

Y más adelante:

«...de muy excesivo gozo y deleite, que es tan grandísimo extremo, que verdaderamente parece que fallece el alma de suerte que no le falta tantito para acabar de salir del cuerpo; a la verdad, no sería poca dicha la suya.» (M. 6-11,11).

Son las Séptimas Moradas las de la unión mística total. Podríamos llamarlas «Moradas del silencio» porque a lo largo de sus cuatro capítulos la autora cesa las alusiones directas a la plenitud amorosa (aunque abundan las exclamaciones gozosas). El alma ha perdido la noción de la realidad: «...mas cuando la junta consigo, (Dios al alma) ninguna cosa entiende, que las potencias todas se pierden» (M. 7-1,6) nos dice, para hacernos compren-

der el «grandísimo deleite» que se siente.

La fusión que significa el matrimonio espiritual es explicada por medio de tres atinadísimas comparaciones sucesivas y paralelas, cuya acumulación actúa de eficaz medio intensificadorio:

«...como si dos velas de cera se juntasen tan en estremos que toda la luz fuera una, u que el pabulo y la luz y la cera todo es uno» y «como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cual es el agua del río u lo que cayó del cielo; o como si un arroíco pequeño entra en la mar, no havrá remedio de apartarse; u como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entra dividida se hace todo gran luz.»

El alma queda en total olvido de sí misma.

«...un olvido de sí, que, verdaderamente, parece que ya no es (...) porque toda está de tal manera, que no se conoce ni se acuerda que para ella ha de haver cielo, ni vida ni honra.» (M. 7-3,1).

El alma queda sumergida en

«...un extraño olvido, que —como digo— parece ya no es, ni querría ser en nada, nada, si no es para cuando entiende que puede haver por su parte algo en que acreciente un punto de gloria y honra de Dios.» (M. 7-3,1).

El alma queda anegada en un gran gozo interior, alejada de cualquier padecimiento o aflicción porque en esta morada ya

«...casi nunca hay sequedad ni alborotos interiores de los que havía en todas las otras a tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre.» (M. 7-3,10)

El alma ha logrado la suma dicha de la unión mística total.

Para hacernos comprender los efectos de esta unión en el alma acude la santa a comparaciones tomadas de los textos bíblicos:

«Estos efectos (...) da Dios cuando llega el alma a Sí, con este ósculo que pedía a la esposa, que yo entiendo aquí se le cumple esta petición. Aquí se dan las aguas a esta cierva que va herida, en abundancia. Aquí halla la paloma que envió Noé a ver si era acabada la tempestad, la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro de las aguas y tempestades de este mundo.» (M. 7-3,13).

El cuarto y último capítulo de las Moradas Séptimas parece constituir una bajada a la tierra. Lo conforma una reposada reflexión sobre el éxtasis amoroso; reflexión cuajada de exhortaciones y de encarecimientos a sus hermanas para seguir avanzando en el camino de la perfección que acerca a Dios:

«...porque ya sabéis que quien no crece, descrece.» (M. 7-4,10).

Como se había abierto la Primera Morada se cierra ésta: con una advertencia sobre el poder del demonio y una recomendación, en contraste, sobre el poder de la oración.

La Madre Teresa aparece investida de nuevo de su papel de Superiora, de consejera, de directora espiritual de sus hermanas.

CONCLUYENDO

Hemos tenido ocasión de comprobar, de palpar, la capacidad expresiva teresiana a través de algunos textos de esa cumbre mística que *Las Moradas o Castillo Interior* representa.

Nos propusimos únicamente explorar la materialidad del texto como reflejador de la personalidad de nuestra autora, pretiriendo contenidos ultraterrenos que el mismo puede encerrar, no porque los neguemos o los despreciemos, sino porque considerarlos nos remontaría a espacios muy alejados de nuestra personal experiencia, muy ajenos a nuestros propios saberes. «Ni clínica ni empleo», como dice D. Américo Castro¹⁹. Sólo hemos querido ahondar en la personalidad de Teresa, la altísima mujer escritora.

Y nos ha sido sumamente fácil. Porque, aunque hay momentos de sublime misticismo en *Las Moradas*, Teresa sabe acercarnoslos con su magnífica capacidad para transportar al mundo sensible lo que pertenecería al ámbito de lo inefable. Ello no es novedad en *Las Moradas*, sino lo común en todas sus obras. Y lo ha sido porque Teresa apasionada, vehemente y sincerísima, tiene que descubrirse ante los demás. Sin duda está convencida de que así tiene que ser, *que está obligada a hacerlo*, con el fin de que sus hermanas, sus letrados amigos y también, para nuestra suerte, sus lectores de hoy (¿tendría Teresa conciencia de ello?) pudieran sentirse impulsados por la fuerza de su Amor y arrastrados hacia el Amor supremo. Pero, nos parece evidente, también escribe Teresa siguiendo un íntimo impulso de comunicar su riquísimo mundo interior; con la fuerza y la espontaneidad de un grito desahogador.

En este sentido, los humanos que no podemos ser místicos, podríamos descubrir en *Las Moradas* una magnífica lección de desprendimiento y entrega personales conducentes a una total entrega al Amor, que debe ser escrito siempre con mayúscula, sea cual sea y esté donde esté; no en vano es precisamente esa capacidad de entrega al Amor el don más alto que los humanos poseemos.

Las Moradas es una obra embrujadora (y perdónese la expresión). Esa dulce locura mística que a Teresa posee; esa especialísima sensibilización que la domina...

Considero imposible una lectura de *Las Moradas* en frialdad, aun si nos acercáramos a ella no demasiado bien dispuestos. Ello es debido a que la autora es tan espontánea, tan sincera en su vehemencia, sabe desnudar de tal manera ante nosotros los ardores más profundos de su alma y de manera tan real, que acaba ganándonos totalmente, «quedándose» con nosotros, involucrándonos, arrastrándonos detrás de ella morada tras morada. Y esto puede suceder por una razón muy simple: porque Teresa era sobre todo una humanísima mujer, aun en los ámbitos de su excelso mística.

A nosotros, como a F. Umbral²⁰, nos atrae esta escritora de prosa ancha y abierta, concienzudamente trabajada en puro afán de buscar la más neta y sabia expresión, llena

de gracia y autorreflexión irónica, descriptiva siempre aunque trate de altos temas místicos; a nosotros también nos enamora esta mujer totalmente viva y espontánea, que pisa fuerte siempre, y con toda la planta, el suelo que hollan sus pies.

Sin que podamos olvidar la última significación de *Las Moradas*, es decir, la expresión de la felicidad suprema que supone la unión mística con Dios, de las manos de Teresa esta obra deviene una humanísima lección de Amor.

- *. Este trabajo ha merecido el primer accesit en el concurso nacional de trabajos originales sobre la obra de Santa Teresa, convocado por el Ministerio de Educación y Ciencia y fallado en Febrero de 1983.
- 1. «Quería el Señor apretarnos para acabarlo todo bien» (Carta a María Bautista, 29 Abril de 76). «Que lo mejor es refirse de ellos y dejarlos decir» (Carta a María de San José desde Toledo, 28-Febrero-77).
- 2. E. OROZCO. *Poesía y mística*. Guadarrama. Madrid 1959, p. 33.
- 3. Cito por *Introducción a las Moradas de Santa Teresa* de M. HERRAIZ GARCIA. C. de E. Santa Teresa. Castellón 1981. p. 22-3.
- 4. Citaremos siempre por la edición de *Obras Completas* de la B.A.C. Madrid-1979.
- 5. V. GARCIA DE LA CONCHA *El arte literario de Santa Teresa*. Ariel. Barcelona 1978. pp. 179-191.
- 6. Son múltiples los paralelismos libresco de esta idea; nos viene a la pluma el «No la toquéis ya más / que así es la rosa» de Juan Ramón; o la queja de Dámaso Alonso: «El corazón lo sabe, / pero decir como era no podría/ porque no es forma ni en la forma cabe».
- 7. Op. cit., p. 158.
- 8. No podemos dejar de relacionar esta teoría de Asín Palacios con la afirmación que D. Américo Castro hace de la innegable presencia de los novecientos años de mezcla cristiano-islámica-judía en la realidad histórica de España; y con su rotunda afirmación de que el misticismo corpóreo-espiritual de Santa Teresa no puede entenderse con sólo la tradición cristiana. Véase Américo CASTRO: *La realidad histórica de España*. Ed. Porrúa. México 1973, pp. 186-7.
- 9. Ya en nuestro siglo, otro gran judío Franz Kafka, utiliza el símil del castillo en la obra del mismo nombre. También para Kafka como para Teresa, escribir es vivir; casi una función vital.
- 10. Juan MARICHAL. *La voluntad de estilo*. Seix Berral. Barcelona 1957, p. 105.
- 11. V. GARCIA DE LA CONCHA. *El arte literario...*, p. 283
- 12. J. MARICHAL. *La voluntad...* p. 14.
- 13. *Ibidem*, p. 111.
- 14. E. OROZCO. *Poesía y Mística*. Guadarrama. Madrid 1959, p. 36.
- 15. «...y ellas aprenderán bien a leer latín, porque está mandado no se reciba ninguna sin saberlo» (Carta a Dña. María de Mendoza. O. C. p. 703).
- 16. Américo CASTRO. *Teresa la Santa y otros ensayos*. Alianza Madrid 1982, p. 83.
- 17. Américo CASTRO. Op. cit., p. 60.
- 18. El calificativo «sabroso» es muy usual en la autora. En carta al P. Gracián y refiriéndose a la redacción de *Las Fundaciones* leemos: «Las Fundaciones va ya al cabo; creo se ha de holgar de que las vea porque es cosa sabrosa».
- 19. A. CASTRO. Op. cit. p. 37.
- 20. Seguimos ahora su artículo titulado «Teresa» y aparecido en *El País* el 19-IX-81.